

ASALTO A LA PRENSA

LA facilidad con que Robert Hersant acaba de añadir "France-Soire" a su imperio es sólo aparente. En realidad, ha necesitado muchos cómplices.

Robert Hersant ha cometido su primera equivocación en mucho tiempo: ha querido ir demasiado deprisa para adueñarse de "France-Soire". Ha avanzado con el rostro descubierto. De pronto todo el mundo le ha visto y se ha inquietado: ¿dónde se detendrá?

Tramaba la operación desde hace tiempo. Desde finales de año exactamente. En su gran despacho de la calle Persbourg, desde donde se divisa l'Étoile, hacía y deshacía sus cuentas. "France-Soire", del que Hachette quería desprenderse, era la oportunidad de su vida. Con un "Figaro" destinado a los encoquetados hogares del distrito XVI y sus alrededores, la conquista del más popular de los diarios de la tarde (aunque sale a las diez de la mañana) iba a permitirle dominar la prensa parisina y pronto la nacional.

Cuando en el pasado mes de junio el viejo Jean Prouvost estaba ya resignado a liquidar su grupo, Robert Hersant se apresuró a presentar una de sus prodigiosas ofertas. "Paris-Match" me gustaría bastante", confiaba a sus allegados. Pero el patrón enclaustrado en su apartamento le había contestado con desprecio. No, ya había cedido el "Figaro" a ese advenedizo sin creencias, y eso era suficiente.

A Hersant se le ponían obstáculos para conseguir "France-Soire". Al grupo Hachette, asentado sobre sólidos principios, le repugnaba vender el diario dirigido durante mucho tiempo por Pierre Lazareff a este hombre de dudosa reputación. Pero ocurrió lo peor: algunos en las alturas del poder empezaron a echarse atrás. Esto no es traicionar un secreto: los servicios de L'Élysée y de Matignon no veían con desagrado la irresistible ascensión de Robert Hersant. El poder tampoco tenía buena conciencia en lo referente al caso Hersant. La prueba es que, quitando a su amigo Edgar Faure, a quien visita a menudo en el hotel de Lassay, nadie tiene buenas relaciones con el fundador de "Auto-Journal". La UDR dice que está apoyado por los republicanos independientes y los reformadores; éstos acusan a los amigos de Jacques Chirac.

El complot

De esta forma, en junio, mientras "France-Soire" seguía perdiendo dinero, el poder parecía de-

terminado a poner fin a la escalada de Hersant. Al menos se pensaba esto. Era un error. Marie-France Garau, consejero político del primer ministro que ya durante Pompidou se ocupaba de los asuntos de prensa, pensaba como otros que Hersant era el mejor patrón que podía tener el diario de la calle Reaumur. Ella fue la reina en este almuerzo decisivo que tuvo lugar en Eure-et-Loire, el primer sábado de julio, en la segunda casa del dueño de "Figaro". Allí fue donde se decidió todo. Para los postres el complot estaba ultimado.

Así, pues, ¿habrá sido Chirac, je-

Franz-Olivier Giesbert y Lucien Rioux

fe de Marie-France, quien ha querido lanzar a Hersant a la dirección de "France-Soire"? La cosa es más compleja. Hersant es un hombre prudente y no apuesta todo a un solo caballo. Ciertamente él no se entiende en absoluto con el Presidente de la República. Le considera superficial y piensa que está practicando el socialismo. Pero los amigos de Giscard son los amigos de Hersant: no es por casualidad por lo que uno de los enlaces de Jean Lecanuet —M. Allard— ha sido reclutado por el grupo Hersant. En cuanto a Michel Poniatowski, que el 2 de agosto pidió a sus servicios que se informaran sobre el origen de los fondos de Hersant, goza de su intimidad.

El 6 de julio, cuando Hachette soltaba "France-Soire", muchos tuvieron la sensación de que la "baraka" había abandonado a Hersant. Comparado con este escualo de Hersant —el comprador— Paul Winkler de setenta y ocho años, parece personificar la inocencia. Emigrado húngaro, patrón de la agencia Opera Mundi, hizo su fortuna gracias al diario de Mickey y a las historias rosas de la prensa del corazón.

Winkler llega a "France-Soire" con su sordera, sus principios y unas cuantas ideas. Corpulento, estirado, siempre vestido de azul, explica apasionadamente a todos los periodistas que tiene un plan para salvar "France-Soire". "Lo que hace falta es la gran información, grandes historias, contar cosas, contar cosas". A veces le dan manías: insiste demasiado en la baja del franco, pasa por que el dólar valga hoy cinco francos, pero ni quiere que se escriba que hace poco equivalía a cuatro francos. "Pero ¿qué historia es esta? Esto no es cierto", dice.

La venta

En definitiva, un hombre lanzado este Winkler. Y sincero. Pero en el inmenso despacho que ocupa por las tardes en la calle Reaumur (por la mañana está en la agencia Opera Mundi), se siente como lleno de vértigo. "France-Soire" —el diario propiamente dicho— no le ha costado caro realmente: 950 millones de francos antiguos. Una miseria. Pero hay más: lo que le cuesta caro es el déficit crónico del diario. Según las previsiones el déficit puede alcanzar 1.500 millones de francos antiguos por año. ¿Cómo solucionarlo?, se pregunta con inquietud

Winkler. Pero Hersant está en la sombra. Como por casualidad ya está preparada su solución: se ofrece a comprar la mitad del diario. Ciertamente, como siempre que entra en un negocio, plantea unas pretensiones modestas. Viene sin exigencias: sin ningún derecho a vigilar la Redacción. Quiere limitarse a hacerse cargo de la gestión.

Según parece fue el 30 de julio cuando Hersant y Winkler llegaron a un acuerdo. Se firmó una promesa de venta, con total discreción, para salvar el periódico. Considera-



Robert Hersant.

ban que era pronto para anunciarlo; aún no había demasiada gente en París. Deciden esperar a mediados de agosto. Es una buena fecha para las malas noticias, tanto como para los aumentos como para las devaluaciones. Pero la noticia se filtró antes. Y fue un golpe. El "Nouvel Observateur" y otras muchas Redacciones de París enmudecieron. Ciertamente, aparte de algunos esfuerzos recientes como los de Henri Amouroux tras los de Jean Gorini, "France-Soire" no fue siempre un modelo de independencia. Pero de ahí a caer en las manos de Hersant...

Es entonces el 12 de agosto, cuando Claude Perdriel, director general del "Nouvel Observateur" interviene. Le dice a Winkler que está dispuesto a aceptar las mismas condiciones de venta por la mitad de las acciones del periódico que Hersant. Toma inmediatamente contacto con la intersindical del diario para que juzgue su propuesta. Al día siguiente Claude Perdriel se reúne con Winkler en la calle Reaumur. Este se declara interesado. "Voy a reflexionar", dice. Los representantes de los periodistas con los que Perdriel se reúne inmediatamente están a favor de esta propuesta. Hasta tal punto que le comunican: "Sin su apoyo no habrá acuerdo". En la tarde de este viernes hay por fin visos de esperanza para la Redacción. Pero de pronto, al terminar el "weekend" todo cambia. "He prometido venderlo a Hersant. No puedo rectificar", dice ahora Paul Winkler. El 17 de agosto el acuerdo Hersant-Winkler es ya oficial. Y como los periodistas del "France-Soire" no aceptan ser vendidos con los muebles y las máquinas de escribir, empiezan una huelga. Son decididos, valientes. Y cuando la intersindical les propone la reaparición del periódico con un administrador provisional, deciden mantener de todas formas su postura durante cuarenta y ocho horas. ¿Ganarán los amotinados de "France-Soire" su batalla? No se sabe. Pero están a tiempo de poner freno al avance de Hersant.

Su baza: el encanto

Hasta este momento todo le había salido bien. Sus comienzos no fueron buenos. A los dieciocho años funda su primer periódico: "Rouen-Cocktail". Fracasa. Dirige también una autoescuela, pero no tenía carnet de conducir. Nuevo fracaso. Bajo la Ocupación es atrapado por el demonio de la política y participó en la creación de un mo-



Asamblea general de los periodistas de "France-Soir": no quieren ser vendidos con los muebles y las máquinas de escribir.

vimiento de extrema derecha, "Joven Frente" que deja poco después para dirigir un centro "Mariscal-Pétain" en Brévannes. "No he sido un héroe de la Resistencia", dice a sus allegados este ex petanista orgulloso de serlo. En efecto, con la Liberación tuvo que presentar cuentas. Conoce la cárcel en Fresnes durante algunas semanas.

Es en 1950, a los treinta años, cuando encuentra su idea genial: "Auto-Journal", que toma una marcha fulminante. Pero en lugar de quedarse aquí y administrar tranquilamente su hallazgo, Hersant quiere aumentar su parque. Lanza un semanario en Beauvais, que se convertirá en un diario capaz de mantenerse: "L'Oise-Matin". Cada vez que un periódico de provincias está en dificultades, lo compra. "Los salvo de la muerte", dice. Económicamente es verdad. Pero periodísticamente, los vacía de su substancia. Toma el control de l'Éclair de Mantes en 1960, del "Berry Républicain" en 1962 y así continúa.

Su primer combate importante, justo antes del de "Figaro", lo inicia tomando por asalto "Paris-Normandie". Un negocio floreciente, un periódico independiente. Por un "weekend" del invierno de 1971 consiguió varias cesiones de acciones. Días después compra aún más hasta conseguir la mayoría. Convierte un gran diario de centro izquierda, rico y respetado en una hojilla lecanuetista deficiente. Posteriormente se apodera de "Nord-Eclair". En 1976, de cada seis lectores de diario uno lee un periódico de Hersant.

Un diario especial. Su concep-

ción del periodismo se evidenciaba recientemente en la primera página de "Figaro", en eso que él llama pomposamente una "comunicación". En ella se escarnece a "los filántropos que dan a fondo perdido capitales para montar un periódico respetando la independencia de la Redacción", así como a los "idealistas" que se emocionan con la rebelión de los periodistas. Para él esto es "un folklore que habría que cambiar para bien". Esto define totalmente a Hersant: su seguridad de que el dinero acaba por ganar. Y también por pudrir.

¿Proceso de intenciones? En absoluto. El único diario que él ha fundado realmente es "France-Antilles", mediocre boletín al servicio del poder. "Es un periódico bastante malo", reconoce con toda franqueza. "Intenté la experiencia de subir el nivel del número del sábado porque vendía tres veces menos en ese día. Tuve que abandonar. Un diario es un producto que se vende. No se fabrica con buenas intenciones".

Lo dice con toda su buena fe. La prensa es para él ante todo un negocio. No hay ninguna diferencia entre un diario y un supermercado: los dos tienen que encontrar clientes. Y por algunos detalles —como "Paris-Normandie"—, sabe administrar, según parece. Esto es lo que seduce a los Bancos.

Pero aún hay más: un cierto poder de fascinación. "Su principal baza en los negocios, declara uno de sus adjuntos, Jean-Michel Ballestre, es el encanto". En el "Figaro" los redactores que continúan todavía oscilan entre el miedo (están vigilados por submarinos de

Hersant) y una especie de admiración. Este hombre de temperamento de rugbiman, que compra todo —lo que está en venta y lo que no—, aparentemente, haber reflexionado, les deja estupefactos.

Cubrirle de injurias no sirve para nada. En cierto modo a él le satisface. "Me viene muy bien que vosotros, los periodistas de oposición, escribáis sobre mis relaciones con el poder, así cuando yo me dirijo a los Bancos consideran que llevo una investidura oficial".

Descubiertos y descuentos

¿Un perillán genial? No, simplemente el producto de un sistema. Porque a pesar de su cinismo, y de su activismo, Hersant no sería nada si se le cerraran las puertas. Si avanza es porque no se le opone resistencia. Su poder es el de aquellos que le han construido, por sus compromisos, sus bajezas, sus pequeñas combinaciones. Si se pudiese reconstituir la red de complicidades de Hersant, alcanzaría a todos los cuerpos del Estado —y de la nación— hasta su cabeza.

¿Y la justicia? Robert Hersant compró "Paris-Normandie" en 1972 en curiosas condiciones. Algunos de los accionistas que se mantenían fieles al espíritu de la Resistencia, intentaron procesarle. A pesar del ordenamiento de 1944 sobre la prensa —que prohíbe, por ejemplo, la utilización de testaferrros— lo perdieron en primera instancia y luego en apelación. Ahora, cansados por la lucha, han decidido vender para pagar las costas de los tribunales.

¿Y la clase política? Robert Hersant tiene a la mayoría en un puño —a menos que no sea al contrario— incluso cuando conservan el control político de un diario del grupo Hersant ("Nord-Matin", por ejemplo), los socialistas reaccionan. Pero sin demasiada violencia. Salvo algunos intrépidos como Pierre Bérégovoy. En cuanto a los comunistas, atacan al patrón del "Figaro" en París. Pero no cuando tienen que negociar en provincias, especialmente en la región rouennaise, donde Hersant ha favorecido el nacimiento de un diario "de izquierda", "Les Nouvelles Normandes", que albergará a algunos periodistas del PC.

Ahora que Robert Hersant ha llegado a la cumbre, impresiona su poder a la cabeza de un imperio que ha fabricado él sólo. Y también intriga. Los mezquinos se preguntan de dónde le viene el dinero. Investigan el origen de estos miles de millones de los que dispone fácilmente. Petrodólares quizá...

Dinero, Hersant probablemente no lo tiene. Es un falso escándalo. Realmente es seguro que no tiene más que descubiertos y descuentos en los Bancos que le dan créditos como el BNP o la Société Générale. Pide préstamos y paga sus agios como todo el mundo. Lo único que sucede es que a medida que se extiende su imperio y aumentan sus deudas se va haciendo vulnerable. Si un buen día unos cuantos banqueros se ponen nerviosos, todo su edificio puede hundirse de repente. Como se hundió en junio pasado el omnipotente grupo Standaard, de Albert De Smaele, que era el Hersant belga.